

CAPÍTULO XVII

SIGLO XVIII

Continúa de virey el conde de Moctezuma y Tula. — Muerte del rey Carlos II. — Entra á reinar en España la casa de Borbon. — Sube al trono Felipe V. — Trigésimotercero virey D. Juan Ortega Montañés, arzobispo de Méjico, por segunda vez. — Dispone fuerzas para la defensa de Veracruz contra los ingleses. — Buen gobierno del virey. — Envía una flota con grandes caudales pertenecientes á la corona y á particulares. — Llega la flota á Vigo y es atacada allí por las escuadras inglesa y holandesa. — Se ve en Méjico, por la primera vez, degradar á un soldado. — Trigésimocuarto virey D. Francisco Fernandez de la Cueva Enriquez, duque de Alburquerque. — Buenas disposiciones que toma para activar la administracion de justicia. — Casos aislados de justicia que revelan la rectitud del virey. — Aumenta la Armada de Barlovento. — Aumenta la fuerza de las guarniciones en los puertos. — Se adopta el uniforme francés para la guardia de palacio. — Da motivo á varios destierros el casamiento de una jóven llamada Ignacia Maria de Cruzat, á quien llamaban la *China*. — Para favorecer al público, fija el virey los precios á los efectos mas importantes. — Condecora Felipe V al virey con el toison de oro, por su buen gobierno. — Se establece el tribunal de la Acordada. — Excelentes resultados que da contra los malhechores. — Trigésimoquinto virey D. Fernando de Alancastre, Moroña y Silva, duque de Linares, marqués de Valdefuentes. — Fuerte terremoto. — El virey repara los edificios aun con sus propias rentas. — Cuida del bien público. — Bajo su gobierno la administracion de justicia cumple con su deber. — Envía el virey una colonia á Tejas. — Funda otra en Nuevo Leon. — Se hace la paz entre Inglaterra y España. — Se le concede á la Inglaterra el «asiento» ó privilegio de introducir negros esclavos. — Contrabando escandaloso de los ingleses. — Se construye el acueducto de los arcos de Belen al Salto del

Agua. — Lo que eran las fuerzas que guarnecian los presidios, su traje y sus costumbres. — Se dedica el virey al despacho de los diversos negocios de gobierno.

Desde 1701 hasta 15 de Agosto de 1716.

1701. El siglo XVIII empezó presentándose benigno para la Nueva España. Los agricultores habian visto recompensado su trabajo con los abundantes frutos de sus haciendas de campo; las minas tomaron mayor vida con los últimos cargamentos de azogue recibidos, y el comercio cobró nuevo impulso con la abundancia de los preciosos metales que aumentaban la circulacion de la moneda, dando animacion á los diversos ramos de la industria.

El dia 6 de Marzo, á las nueve de la mañana, entró en el puerto de Veracruz un buque de elegante corte y velero, empavesado de negro y con gallardetes y banderas del mismo color. El barco era español, y al verle, cubierto de luto, anclar al lado del castillo, se dedujo en la ciudad que era portador de alguna noticia referente á la muerte de alguna persona de la familia real. Con efecto, así fué. La corte comunicaba al virey de la Nueva España la muerte del monarca Carlos II, acaecida en Madrid el 1.º de Noviembre de 1700, á las tres de la tarde. En él terminó en España el reinado de la casa de Austria, que duró dos siglos, pasando el cetro á Felipe V, el primer monarca de la dinastía de Borbon.

Cuando Luis XIV recibió en Fontainebleau los pliegos que los ministros del finado soberano español le enviaban, dándole á conocer la disposicion de éste en que la

corona pasase á Felipe, duque de Anjou, hijo segundo del rey de Francia, fingió vacilar en lo que debia resolver, aunque todo habia sido obra de sus hábiles manejos. Disimulando, sin embargo, la satisfaccion que le causaba el plausible acontecimiento, quiso escuchar la opinion de sus consejeros, y cediendo á las razones que le expusieron ellos y el delfin su hijo, contestó admitiendo la corona para su nieto. Enviada la contestacion á la Junta de Madrid, pasó á Versalles, y mandó entrar en su gabinete al delfin con sus tres hijos, los duques de Borgoña, Anjou y Berry y al embajador español. En cuanto entraron, Luis XIV, dirigiéndose al jóven duque de Anjou, le dijo: «Señor, el rey de España os ha hecho rey: los nobles os piden: el pueblo os desea, y yo consiento. Vais á reinar sobre la monarquía mayor del mundo y sobre un pueblo valiente y generoso, afamado en todos tiempos por su honor y su lealtad. Os recomiendo que lo ameís, y que merezcáis su amor y su confianza por la suavidad de vuestro gobierno.» Luego, volviéndose al embajador español, añadió: «Señor, salud á vuestro rey.» El embajador saludó con una profunda reverencia á su nuevo soberano, y le cumplimentó de la manera mas digna y respetuosa. Hecho esto, se abrieron las puertas del salon para que entrase la grandeza de la corte francesa, y Luis XIV, con el aire de majestad con que sabia revestirse en las ocasiones solemnes, exclamó dirigiendo á ella la palabra: «Señores, ved aquí al rey de España: su nacimiento y el testamento del último rey le han llamado al trono: la nacion española toda entera lo pide: su nombramiento es la voluntad del cielo, y yo la obedezco

con placer.» Luego, hablando al jóven príncipe, le dijo: «Sed buen español; esta es vuestra primera obligacion; pero acordaos que habeis nacido francés, para conservar la union de las dos coronas: así hareis felices á las dos naciones y conservareis la paz de Europa.» Esta fué la augusta ceremonia con que Luis XIV dió á conocer por rey de España á su nieto el duque de Anjou.

Cuando se dispuso el viaje del nuevo soberano para la capital de la Península, Luis XIV le dió por escrito instrucciones sabias y acertadas que debia observar para gobernar bien su reino. Llegado el 4 de Enero de 1701, que era el dispuesto para la partida, volvió á recordarle la union que debia existir entre las dos naciones, y le dijo aquellas notables palabras que el mundo entero conoce: «de hoy en adelante ya no hay Pirineos»: palabras que hicieron conocer á las demás potencias de Europa, todo lo que debian temer de la reunion de dos potencias grandes y guerreras en una misma familia.

El 4 de Abril, á las tres de la tarde, se hizo la jura del rey Felipe V de Borbon, celebrando su coronacion con grandes fiestas y entusiasmo.

Recelando Luis XIV que la alianza que existia entre España y Francia, diese origen á que la Inglaterra y la Holanda tratasen de atacar algunos puertos de las colonias españolas en América, dispuso auxiliar á su antigua rival, proporcionándola efectos de guerra en el Nuevo Mundo. Con efecto, el dia 28 de Setiembre llegó á Veracruz un navío francés con pertrechos de guerra para fortificar el puerto, pues se aseguraba que una poderosa escuadra holandesa se preparaba á salir de Europa.

Cuando el conde de Moctezuma, despues de haber gobernado con suma prudencia y tino la Nueva España, se ocupaba en dar las órdenes convenientes para poner en buen estado de defensa los puertos y la costa, fué nombrado virey, para que le sucediese en el gobierno, el arzobispo de Méjico, D. Juan Ortega Montañés, que ya lo habia sido, aunque por corto tiempo, en 1696.

El conde de Moctezuma, habiéndose hecho amar de sus gobernados, volvió á la Península, donde el monarca Felipe V le nombró, en 25 de Noviembre de 1704, duque de Atlixco y grande de España.

Trigésimo-tercero virey D. Juan Ortega Montañés, arzobispo de Méjico, empuñó por segunda vez las riendas del gobierno, el 4 de Noviembre de 1701. Aunque su primera administracion solo habia durado diez meses, bastó ese corto tiempo para que la sociedad conociera sus bellas cualidades de gobernante.

La seguridad de los puertos era entonces una de las cosas que exigian mas la atencion de los gobernantes, pues era indubitable que Inglaterra y Holanda, celosas del engrandecimiento de la casa de Borbon, pusieran todo su empeño en atacar las posesiones españolas de América. El nuevo gobernante dió orden para que se activasen las obras de fortificacion de San Juan de Ulua, y las mismas disposiciones dictó con respecto al puerto de Acapulco. El temor de ver amenazadas las plazas marítimas, tomó creces con las órdenes que el virey recibió de la corte, á los pocos dias, comunicadas por el rey de Francia. Por una escuadra francesa, compuesta de cinco navíos, lle-

gada á Veracruz el 25 de Diciembre, se le mandaba que tuviese dispuestos seis mil hombres cerca de aquel puerto, pues era probable que la Inglaterra, unida á la Austria y la Holanda, declarasen la guerra á España.

1702. El arzobispo virey, deseando obsequiar el justo deseo del monarca y evitar males al país que gobernaba, publicó el 4 de Febrero un bando para que todos los hombres solteros que quisiesen ir voluntariamente á Veracruz, en clase de soldados, se presentasen, pagándoles bien y dándoles todos los arreos militares.

Los pronósticos anunciando una próxima lucha en Europa, se realizaron. La Inglaterra, la Holanda y el emperador de Austria habian celebrado el tratado que se llamó de la triple alianza, y declararon la guerra á España y Francia el 15 de Mayo de 1702, publicando un manifiesto en que calificaban á Luis XIV y á Felipe V de usurpadores del trono español.

Al mismo tiempo que el prelado gobernante atendia á poner en estado de defensa los puertos, trabajaba sin descanso en extinguir los vicios, y especialmente el de la ociosidad, que juzgaba como origen de todos los demás. Una prueba de lo perjudiciales que juzgaba para la sociedad á los ociosos, la dió el dia 2 de Mayo de ese mismo año de 1702. Habia ido á hacer la visita de cárcel, y hallando la sala llena de gente ociosa que estaba oyendo los informes y alegatos, mandó cerrar las puertas, haciendo prender á todos los que habian ido por pura curiosidad, diciendo que pues iban á entretenerse en pleitos, no tendrían ocupacion. Detenidos por algunas horas en una prision, les dejó en libertad, recomendándoles que procurasen emplear el tiempo en sus negocios.

Precisado Felipe V á sostener la guerra contra el Austria, la Inglaterra y la Holanda, y á combatir en la misma España contra los partidarios del archiduque Cárlos, necesitaba grandes sumas de dinero para atender á los enormes gastos de aquella terrible lucha. Los mares se veian cubiertos de escuadras inglesas y holandesas, para apoderarse de los recursos que se enviaban de la América, y ninguna remesa se podia hacer de plata, sin que fuese escoltada de varios buques. Por esta causa se habia detenido en Veracruz una suma considerable perteneciente al comercio y á la corona, en espera de una respetable escolta; pero habiendo llegado algun tiempo despues la escuadra francesa al mando de Chateau Renaud, se dispuso su envío. La suma que se embarcó ascendió á treinta y ocho millones y medio de duros, segun registro. Salió de Veracruz la flota en la tarde de 16 de Junio, y pasó sin ser vista de la escuadra inglesa que la esperaba en la sonda de la Tortuguilla. Libre de este peligro, navegó sin novedad hasta las costas de España con direccion á Cádiz; pero al saber que las escuadras de Inglaterra y de Holanda la aguardaban en la arribada á aquel puerto, entró en Vigo, en la costa de Galicia. Inmediatamente se dió principio á desembarcar los caudales. Se llevaban desembarcados doce millones de duros, cuando la escuadra se vió atacada por los ingleses y holandeses en el mismo sitio en que se hallaba anclada. La posicion de los atacados era sumamente desfavorable, pues les era imposible mover fácilmente sus buques. La defensa, sin embargo, fué heroica, aunque desgraciados los resultados. Varios

navíos fueron cogidos por los contrarios, y para evitar que todos sufriesen la misma suerte, se echaron á pique los demás, perdiéndose con ellos, en el fondo de las aguas, mas de diez y siete millones de duros, que en tiempos posteriores se han intentado sacar, aunque nada se ha conseguido.

Nunca se habia presenciado en Nueva España la degradacion de un soldado hasta ese año de 1702, y por lo mismo el espectáculo atrajo un concurso numeroso. El motivo para esa degradacion fué el haber vendido su mosquete, por el cual le dieron cinco duros. El acto se verificó el 28 de Setiembre. Pertenecia á la compañía que daba la guardia en palacio, y se le sacó con cajas destempladas á usanza de guerra, hasta el Rastro. Formado allí el cuadro, le despojaron de la espada, daga, colete y cuerdas, y le cortaron la melena: hecho esto, el atabalero, con los palillos de la caja, los desvió y corrió, empezando en seguida los soldados á dispararle arcabuzazos sin bala para que saliese aprisa de la compañía y de la ciudad. Terminado el acto de la degradacion, se templaron las cajas, y la compañía volvió á palacio (1).

Llevaba un año de dirigir el gobierno de la Nueva España el arzobispo virey, cuando llegó á Veracruz su sucesor en el mando D. Francisco Fernandez de la Cueva Enriquez, duque de Alburquerque, nieto del otro virey del mismo nombre que gobernó desde 1653 hasta 1660.

(1) «Con lo que acabó esta accion exquisita y nunca vista en esta ciudad.»
Diario del presbitero colegial, lic. D. Antonio Robles, desde 1663 hasta 1703.

Trigésimocuarto virey, D. Francisco Fernandez de la Cueva Enriquez, duque de Alburquerque. El nuevo gobernante hizo su entrada pública en Méjico con extraordinaria solemnidad el 8 de Diciembre, habiéndola hecho el 27 de Noviembre para tomar las riendas del gobierno. Iba acompañado de su esposa D.^a Juana de la Cerda, y fué obsequiado notablemente en Chapultepec antes de hacer su entrada en la ciudad, donde hubo toros, banquete y músicas.

Desde sus primeros actos manifestó el nuevo gobernante su actividad y su carácter franco. Amante de la justicia, visitó la cárcel el 23 de Diciembre, y mandó que los que estuviesen presos por deudas, saliesen por el término de las Pascuas; puso libre y sin costas á uno que los jueces habian afrentado sin haber justificado bien la causa, y dictó prudentes disposiciones para activar la administracion de justicia. Un hecho curioso, acontecido en esos dias, prueba la rectitud del activo virey. Una viuda se presentó á él con unas escrituras, por las cuales le debia un caballero cuatro mil duros, manifestándole que no los podia cobrar. El duque de Alburquerque examinó los documentos, hizo algunas preguntas á la interesada, y le dijo que le dejase los papeles y volviese en un dia que le fijó. Hecho esto, llamó al caballero, á quien recibió con agrado y que estaba muy lejos de sospechar el objeto para que se le habia llamado. El virey, despues de algunas palabras afables, le preguntó si su posicion era desahogada. El interrogado le respondió que sí, y que disfrutaba de los suficientes bienes para vivir cómodamente. Entonces el duque de Alburquerque le dijo si se hallaba en disposicion de prestarle cuatro

mil duros.—«No solo cuatro mil duros, sino toda mi hacienda,» contestó el caballero.—«No; únicamente quiero que me presteis la suma indicada, repuso el virey, y que me la traigais pasado mañana, á las once del día.» El individuo fué exacto á la cita y se presentó con la cantidad solicitada. El marqués de Alburquerque, llamando entonces á la viuda, á quien habia citado para el mismo día y hora, y que se hallaba en una pieza inmediata, le dijo al caballero: «Los cuatro mil duros son para esta señora, á quien V. se los debe por estas escrituras.» Al pronunciar estas palabras entregó el dinero á la agradecida viuda y las escrituras al caballero, recomendándole que jamás dejase de cumplir como hombre honrado.

1703. El duque de Alburquerque trató desde el momento que empuñó las riendas del Estado, de ganarse el aprecio de sus gobernados con su buen trato, su afabilidad y su talento. Sus esfuerzos se dirigieron á mantener la unidad de ideas políticas en los gobernados, para lo cual era necesario fino tacto, cuando en España estaban divididos en dos bandos, el del rey Felipe V, y el del archiduque de Austria Carlos. Por fortuna del país, en la Nueva España no hubo parcialidades: la mas perfecta armonía reinó en las ideas políticas, y todos acogieron con entusiasmo y respeto al monarca elegido por Carlos II en su testamento.

El nuevo virey, contento de ver que nada habia que recelar de la paz interior, se ocupó en dictar las medidas que juzgó mas acertadas para evitar en los puertos los males del enemigo exterior. Puso jefes de notorio valor, honradez y fidelidad al nuevo monarca en las fortalezas;

recomendó á los que estaban ya y de cuya rectitud habia pruebas, que vigilasen por el órden; aumentó la Armada de Barlovento por haberse multiplicado el número de buques corsarios, y reforzó las guarniciones y puntos mas comprometidos, con dos mil hombres que habia llevado de España. De esta manera logró ver limpia de corsarios la costa, y tranquilos á los habitantes de los pueblos próximos á ella.

Desde la época de la administracion del virey, marqués de Mancera, se habian formado varias compañías de mulatos y negros del país, con oficialidad nombrada por ellos mismos, y que miraban la milicia como un distintivo honroso. No eran los mulatos y negros nacidos en la Nueva España, como los negros conducidos de Guinea. Estos últimos, «que habia en muy corto número, eran de natural dócil y servil» (1). Lo contrario acontecia con los que vieron la luz primera bajo el limpio cielo de Méjico. Formaban un número considerable de la poblacion de la capital, y eran «naturalmente altivos, audaces y amigos de la novedad» (2). Agradecidos á la confianza que de ellos hacian los gobernantes, procuraban corresponder á ella los que vestian el honroso uniforme militar, y los vireyes se mostraban atentos con su oficialidad.

Deseando manifestar los capitanes mulatos su adhesion al duque de Alburquerque, dispusieron representar una pieza dramática en uno de los espaciosos salones de palacio. El virey convidó á la funcion al cabildo eclesiástico

(1) Instruccion del virey, marqués de Mancera, á su sucesor.

(2) Idem.